

HENRY JAMES  
*El protector*



Roger Lawrence, 29 años, joven burgués sensible, refinado y profundamente honesto, no encuentra esposa y quisiera secretamente (cual Pigmalión con Galatea) modelar una con arreglo a su deseo; el destino hace que esto se plasme en la persona de una pobre huérfana a la que Roger ha decidido recoger, en principio, para darle un futuro en la vida.

Muchos serán los rivales y los obstáculos que se crucen en los designios de Roger, conformando toda una retahíla de peripecias y múltiples personajes entre los cuales sobresale la huérfana Nora, la «Lolita» algo perversa y a la vez inocente de la novela, como muchas de las heroínas «balmesianas», y que acabará yendo donde su corazón la lleve...

Retrato psicológico finísimo sobre la filiación y las relaciones de pareja, *El protector (Vigilancia y custodia)*, que presentamos en su versión inicial de 1871, es la primera novela del joven Henry James —quien pronto se convertiría en uno de los novelistas más afamados de su época— y, sin duda, la mejor introducción a la obra «jamesiana».

*No dejaba de pensar en la naturaleza de lo que sentía por la niña, y se preguntaba cómo podría llamarse tal cosa en el mundo. No es que estuviera enamorado de ella: no puede enamorarse uno de una niña. Pero si lo que sentía no era el amor de un amante, serían cuanto menos los celos de un enamorado; el mero hecho de que su plan pudiera descarrilar lo habría hecho sentirse muy mal. Si fracasaba, se decía ingenuamente a sí mismo, no sería por culpa de ella...*

# PRIMERA PARTE

## I

Roger Lawrence había ido a la ciudad con el propósito de llevar a cabo un acto concreto, pero a medida que se acercaba la hora, sentía cómo su fervor se desvanecía súbitamente. En realidad, desde un principio, había sentido poco ese fervor que nace de la esperanza; lo sentía tan poco, que mientras viajaba inmerso en el traqueteo del tren no pudo evitar la sorpresa de verse a sí mismo envuelto en semejante empresa. Sin embargo, a falta de esperanza, podría decirse que le sostenía la desesperación. Fracasaría, estaba seguro, pero debía volver a fracasar antes de descansar. Entretanto, estaba más que impaciente. Por la tarde, después de vagar sin rumbo por las calles durante un par de horas sumido en la fría oscuridad de diciembre, llegó al hotel. Subió a la habitación y se cambió, con un sentimiento de amargura pero a la vez de cierta satisfacción por haber logrado darse el aplomo propio de un apasionado pretendiente. Tenía veintinueve años. Era un hombre sano y fuerte, de buen corazón y un portento al menos, en lo que se refiere al sentido común; su rostro reflejaba juventud, ternura y cordura, pero no muchas más cualidades. Tenía un cutis tan fino que casi resultaba absurdo en un hombre de su edad, un efecto más bien acentuado por una prematura calvicie parcial. Al ser extremadamente miope, inclinaba la cabeza hacia delante; pero como los estetas que han estudiado el pintoresquismo consideran que este rasgo concede un aire de distinción, en este caso Roger podría

haberse acogido a dicho beneficio de la duda. Su compleción fuerte y robusta era, en definitiva, uno de sus mejores atributos, si bien, debido a una incurable timidez personal, hacía gala de una enorme torpeza de movimientos. Iba melindrosamente acicalado y era meticuloso y metódico en extremo en sus hábitos, que son los típicos que supuestamente se identifican con la soltería. El deseo de sacarle el máximo partido a su falta de confianza lo había dotado de un excesivo formalismo en la conducta, lo que a muchos les resultaba sumamente cómico. Destacaba por sus trajes de lino impolutos, sus botas lustradas y unos sombreros aterciopelados. Hiciera el tiempo que hiciera, llevaba siempre un paraguas impecable. No fumaba; bebía con moderación. Su voz, lejos de ser la del vigoroso barítono que cabría esperar de una caja torácica tan desarrollada, era la de un tenor morigerado y cortés. Le gustaba acostarse temprano, y parece ser que, en lo referente a su salud, tenía muchos «miramientos». Nunca se le tachó de tacaño, aunque se le tenía por bastante avezado en cuestiones de dinero. En asuntos triviales, como la elección de un zapatero o un dentista, sus consejos se daban por buenos; pero a nadie se le habría ocurrido pedirle opinión en asuntos de política o de literatura. Con todo, cualquier observador algo menos superficial que la mayoría hubiera apuntado, en ocasiones, que a Roger se le subestimaba, y que el día menos pensado sacaría lo mejor de sí y podría medirse con cualquiera. El observador en cuestión preguntaría: «¿Se han fijado en su rostro?». Bajo su natural serenidad, con unas mejillas sonrojadas que eran como nubes surcando un cielo estival, latía un tesoro exquisito de sensibilidad humana. Sus ojos eran excelentes; pequeños, tal vez, un tanto torpes, pero con una profundidad llamativa, como la tierna mudez de una mirada perruna. En reposo, Lawrence podía parecer estúpido; pero en cuanto se ponía a hablar, su rostro se iluminaba de forma sutil y paulatina con todo tipo de matices, hasta que al cabo de una hora llegaba a infundir

una confianza tan perfecta, que, en cierta medida, era un tributo a su propio intelecto, como de hecho lo era a su integridad.

En esta ocasión, Roger se vistió con un cuidado inusual y cierta elegancia sobria. Se debatió un par de minutos entre dos corbatas, y luego, ruborizándose en el espejo con pueril vanidad, sustituyó la corbata negra y sencilla por la que había llevado en el viaje. Cuando acabó de vestirse, era aún temprano para llevar a cabo su misión; bajó al salón del hotel. Pronto apareció una pareja de fumadores. Con la esperanza de no verse molestado por los humos, siguió hacia el salón vacío, se sentó, y atemperó su impaciencia probándose un par de guantes de color lavanda.

Mientras estaba en ello, entró en la sala una persona que le llamó la atención por su conducta singular. Se trataba de un hombre que no llegaba a la mediana edad, bastante atractivo, pálido, con un bigote rubio más bien pretencioso; era todo él un dechado de antiguas y deslucidas elegancias. Su aspecto desamparado reflejaba una miseria sórdida e irreparable. Avanzó directamente hacia la mesa del centro de la sala y se sirvió tres vasos llenos de agua con hielo, que se bebió de un trago como si luchara por aplacar la furia de alguna fiebre interior. Luego se aproximó a la ventana, reclinó la frente contra el cristal frío y, con sus uñas largas y rígidas, trazó nerviosamente un garabato. Por último, se acercó a grandes zancadas hasta la chimenea, se dejó caer en una silla, con la cabeza entre las manos, y profirió un leve gemido. Lawrence alisaba sus guantes y lo miraba, pensando: «¡Qué imagen del fracaso, de la degradación y de la desesperación! Me he visto en apuros; me he sentido abatido, con dudas, y preocupado. No tengo esperanza alguna. Y, sin embargo, ¿qué representa todo mi sentimiento de tristeza comparado con esto?». El infeliz caballero se levantó de la silla, se dirigió hacia la chimenea, y se quedó de pie con los brazos cruzados mirando a Lawrence, que estaba sentado frente a él. El joven le sostuvo la mira-

da, aunque con aparente incomodidad. Su rostro era blanco como la ceniza, sus ojos vivos cual brasas. Roger no había visto nunca nada tan trágico como las dos largas y duras líneas que descendían por su nariz hacia la boca; se veían casi negras sobre su piel blancuzca, y parecían burlarse de los grotescos extremos curvados de su lacio bigote rubio. Lawrence sintió que su acompañante iba a dirigirse a él; empezó a quitarse los guantes. De pronto, el extraño se acercó, se detuvo un momento, lo miró con insolente intensidad y se sentó a su lado en el sofá. Lo primero que hizo fue agarrarle del brazo. «¡Está completamente ido!», pensó Lawrence. Ahora Roger podía ver de cerca su lamentable aspecto. Su chaleco abierto dejaba a la vista la pechera sucia y arrugada de la camisa, cuyos botones habían sido arrancados recientemente, dejando vacíos los ojales. En un estado normal, el hombre hubiera parecido un jugador en una racha favorable. Hablaba en un tono rápido, nervioso, con una voz dura y petulante.

—Creeré que estoy loco, supongo. Bueno, pues pronto lo estaré. ¿No me prestaría usted cien dólares...?

—¿Quién es usted? ¿Qué problema tiene? —preguntó Roger.

—Mi nombre no le diré nada. Aquí soy un extraño. Mi problema... ¡es una larga historia! Pero es grave, se lo aseguro. Me oprime con una ferocidad que va en aumento mientras estoy aquí sentado, hablando con usted. Cien dólares lo calmarían, al menos durante unos días. ¡No me los niegue! —esto último lo dijo en parte como súplica y en parte como amenaza—. ¡No me diga que no los tiene! ¡Un hombre que lleva esos guantes...! ¡Vamos! ¡Parece usted buena persona! ¡Míreme! ¡Yo también soy buena persona! No necesito jurarle que lo estoy pasando muy mal.

Lawrence llegó a conmoverse, pero estaba disgustado y molesto. El sufrimiento de aquel individuo era de lo más creíble, aunque había algo descaradamente inmoral e insensible en su expresión y tono de voz. Roger se negó a

atender su petición sin saber más de aquel hombre. Por la insistencia del extraño, que no hacía más que decir que era de San Luis, y repetía que estaba en apuros —unos agobiantes y horrendos apuros—, Lawrence llegó a pensar que se habría visto implicado en algún delito. Cuanto más insistía en conocer los detalles concretos sobre su situación, tanto más fiera y perentoria se tornaba la petición del otro. Sobre todas las cosas, Lawrence era un hombre circunspecto y perspicaz, el último hombre en el mundo en dejarse engañar o intimidar. Nada más lejos de su naturaleza el hacer algo sin saber exactamente por qué. Por supuesto, no tenía imaginación, y ya se sabe que ésta es la prima hermana de la caridad; aunque tenía un buen acopio de esa sana discreción que es prima de ambas. La discreción le decía que su interlocutor era un sinvergüenza consumado, que quizá había tenido que hacer frente a una dura tentación, y que, a fin de cuentas, había pecado. Su miseria absoluta era incuestionable. Y Roger sentía que no podría resolverla sin comprender, de alguna forma, sus vicios. En cualquier caso, no podía entregarle cien dólares así como así. Le propuso un arreglo.

—No puedo darle la suma que me pide —dijo—. Y además, ahora mismo no tengo tiempo para investigar su caso. Reúnase conmigo aquí mañana por la mañana, y escucharé cuanto crea oportuno decirme. Mientras tanto, tome diez dólares.

El hombre miró el billete que se le ofrecía pero no hizo ningún ademán de aceptarlo. Entonces, levantó la vista hacia el rostro de Roger y, con los ojos con lágrimas de furia desvalida e impotencia, gritó:

—¡Maldita sea! ¿Qué hago yo con diez dólares? ¡Por todos los demonios, no sé cómo pedirselo! ¡Escúcheme bien, si no me da lo que le pido, me cortaré el cuello! ¡Piénselo! ¡Allá con su conciencia...!

Lawrence volvió a meterse el billete en el bolsillo y se puso de pie.



—No; no hay más que hablar —dijo—. ¡No sabe mendigar!

Al rato, Roger ya había salido del hotel y caminaba con paso ligero hacia una casa que conocía muy bien. Este brutal encuentro con el vicio y la miseria lo habían dejado tocado y descompuesto; pero mientras avanzaba, el aire frío de la noche le devolvía su buen tono saludable. La imagen de aquel furioso pedigüeño había sido rápidamente reemplazada por la figura más sosegada de Isabel Morton.

La había conocido tres años atrás, durante una visita que hizo por aquel entonces a uno de sus vecinos del campo. A pesar de sus gustos poco aventureros y de sus costumbres monótonas, en todo lo tocante a la vida de ella, Lawrence carecía por completo de lo que los franceses llaman *les grandes curiosités*; aunque podría decirse que, desde una temprana edad, su curiosidad ya había adquirido la forma de un deseo tímido pero tenaz de adentrarse en las profundidades del matrimonio. Había soñado con esa dulce servidumbre, como otros hombres sueñan con la «libertad sin ataduras» del celibato. Había nacido para ser un hombre casado, con un deseo consciente de tener progenie. En este aspecto, la vida no había sido justa con él. Se suponía que, teniendo cubiertas las necesidades básicas, tenía ya más que suficiente; pero, en realidad, se estaba preparando duramente para el oficio de marido y de padre. Cuando a los veintiséis años sintió que tenía algo que ofrecer a una mujer, se permitió interesarse por la señorita Morton. No dejaba de ser curioso que un hombre como él, tembloroso y cohibido, pudiera llegar a ser tan osado en esto. Pues la señorita Morton tenía fama de ser extremadamente exigente, y llevaba al menos una docena de corazones rotos colgados a la cintura, como los indios llevan al cinto las cabelleras de sus enemigos.

Se dice que, por norma general, los hombres se enamoran de mujeres del todo opuestas a sí mismos; ciertamente, Lawrence cumplía con la regla. Él era el auténtico prototipo del hombre natural; ella, en cambio, era notablemente artificial. Era hermosa, mas no tanto como parecía; lista, pero no inteligente; amable, pero nada generosa. Conocía a la perfección los modales de la sociedad, que prodigaba con una gracia indiscriminada sobre todo lo justo y lo injusto, y que acababan de perfilar los contornos algo imprecisos de su personalidad. En realidad, la señorita Morton era muy ambiciosa. Una mujer de necesidades más simples hubiera aceptado a nuestro héroe de buena gana. Él vendía su cariño con apremio y obstinación. Ella lo apreciaba más que a cualquier otro hombre que hubiera conocido, y se lo había dicho; pero también le había dicho que el hombre con el que se casaría tendría que satisfacer su corazón. Y su corazón, esto no llegó a decirlo, suspiraba por diamantes y un buen carruaje.

Desde el punto de vista de su ambición, no valía siquiera plantearse una unión con Roger Lawrence. Por lo tanto, él había sido descartado con cierta elegancia aunque con total firmeza. Desde ese momento, el sentimiento del joven creció hasta convertirse en una pasión. Seis meses después, se enteró de que la señorita Morton se preparaba para viajar a Europa. Antes de que se marchara, fue a verla de nuevo y le suplicó que se casara con él; con el mismo resultado de siempre. Con todo, su pasión le había costado demasiado como para que ahora quedara sin uso. Durante el tiempo que ella estuvo fuera, él le escribió tres cartas, de las cuales sólo obtuvo una breve respuesta, tan escueta que prácticamente equivalía a decirle: «Querido señor Lawrence, ¡haga el favor de dejarme tranquila!». Al cabo de dos años, ella regresó, y ahora estaba visitando a su hermano, que se había casado. Lawrence se acababa de enterar de su llegada y había ido a la ciudad, como ya he dicho, para llevar a cabo una última tentativa.

El hermano y su esposa habían salido por la tarde. Roger la encontró en el salón, bajo la lámpara, enseñándole a hacer ganchillo a su sobrina, una niña de diez años que estaba de pie a su lado, inclinada sobre ella. La señorita Morton le pareció mucho más hermosa que antes, aunque en realidad parecía más alta y corpulenta. Sin embargo, su belleza, en gran parte, era mera coquetería; y naturalmente, pasada la juventud, la coquetería ocupaba todo el lugar. Lucía un pelo rubio y estaba de buen ver, y además tenía la habilidad de volver la cara de repente para que se viera su precioso cuello y sus hermosas orejas. Sobre su apretado corpiño, todo esto producía un efecto, si cabe, mucho más agradable. Vestía siempre colores claros y de muy buen gusto. Debió de haber sido una mujer elegante; sin embargo, carecía de naturalidad, hasta tal punto que, para poder admirarla realmente, hubiera sido necesario estar enamorado de ella, como lo estaba Roger.

Lo recibió con una amabilidad tan aduladora y, aparentemente, con tan pocas sospechas de cuáles eran sus propósitos, que esto a él casi le infundió ánimo y esperanzas. Si ella no temía una declaración de amor, tal vez es que la deseaba. Durante la primera media hora, la ofensiva de Roger estuvo embriada. Roger se sentó y permaneció en silencio, hechizado por el templado resplandor de su presencia. Ella hablaba con mucha más determinación de la que había utilizado antes de marcharse de viaje, y si a Roger todavía le quedaba alguna duda, ahora ya podría creerla en todo a pies juntillas. Él siguió un momento sentado, modestamente cohibido. La pequeña sobrina de la señorita Morton era una niña preciosa; tenía el pelo peinado hacia atrás, como un halo dorado que cubriera sus hombros caídos. Seguía al lado de su tía, estrechando con fuerza una de las manos de ésta, y mirando a Lawrence con esa curiosidad dulce que tienen las niñas. En la mente del joven se proyectó una borrosa visión de una futura escena familiar: un salón iluminado por la luz de una lámpara en una noche

de invierno, una esposa y madre apacible adornada con sonrisas hogareñas, una criatura de cabellos dorados y, en medio de todo aquello, él y su sensibilidad, emborrachada de posesión y gratitud.

Cuando el reloj dio las nueve, la niña fue enviada a la cama, después de que su tía la besase y rebesase o, quizá se podría decir, hasta que el amor de su tía la «desbesase». En cuanto se hubo marchado, Roger sacó el tema. Se había declarado tantas veces a la señorita Morton que, la verdad, el problema no sería la falta de práctica. Aun así, le costó unos minutos entrar en materia. La señorita Morton volvió al bordado de su sobrina, y mientras su pretendiente proseguía con la típica elocuencia masculina, ella levantaba la vista de su labor con la delicadeza propia de una mujer. Él le habló de su amor duradero, de su larga espera y de su esperanza apasionada; que ella aceptara su mano constituía la principal condición para que él pudiera ser feliz. Nunca amaría a otra mujer; y si ahora lo rechazaba, sería el final de todo; seguiría su existencia, trabajando y actuando, comiendo y durmiendo, pero habría dejado de «vivir».

—Por lo que más quiera —exclamó Roger—, no me conteste lo mismo de siempre.

Ella juntó las manos y, con una sonrisa forzada, dijo:

—Claro que no. Las otras veces que le rechacé, le dije sólo que no podía amarle. ¡No puedo amarle, señor Lawrence! Y se lo vuelvo a repetir esta noche. Esta vez, sin embargo, tengo una razón mejor que la anterior. Amo a otro hombre: estoy prometida.

Roger se puso en pie como un hombre que acaba de recibir un duro golpe y retrocede unos pasos en defensa propia. Pero estaba indefenso, y no podía hacer frente a su contrincante. Volvió a sentarse e inclinó la cabeza. La señorita Morton se acercó a él y le cogió la mano, y le exigió, como si fuera una obligación por parte de él, que se resignara.

—Llegados a este punto —dijo ella—, no tiene derecho a hacerme responsable de su dolor. El daño que le hago al rechazarle es menor del que le haría aceptándole sin amarle.

La miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Está bien! Nunca me casaré —dijo Roger—. Hay algo que no me puede negar. Aunque nunca pueda casarme con usted, al menos puedo casarme con su recuerdo y vivir en íntima comunión con su imagen; ¡pasaré mi vida postrado ante ella...!

La señorita Morton escuchó con indulgencia estas últimas palabras; ¡ya le había tocado escuchar bastantes de esa clase en su día!

Él se había preparado para lo peor, pero de regreso al hotel, todo le pareció insoportablemente amargo. Esa amargura, no obstante, lo despertó de su aletargamiento y provocó en él una reacción violenta. Ahora, se dijo, lo fiaría todo a la mera razón. Lo había intentado con el amor y la fe, los cuales no habían querido saber nada de él. Había endiosado a una mujer, y ella se había burlado de su persona. En lo sucesivo, no volvería a encariñarse ni con mujer ni con hombre, sino que simplemente le daría valor a la comodidad y, si fuera necesario, al placer. Tras ese repentino acceso de cinismo se escondía un futuro casi tan duro y angosto como la callejuela por la que caminaba. Ello era absurdo puesto no sabía que el buen humor lo aguardaba a la vuelta de la esquina.

No fue hasta muy entrada la mañana cuando logró dormirse. Llevaba durmiendo menos de una hora cuando un fuerte ruido, que provenía de la habitación contigua, lo despertó. Se sobresaltó en la cama, e intentó aguzar el oído en aquel silencio. El sonido se repitió de inmediato; era un disparo. A este segundo estallido siguió un grito estridente. Roger saltó de la cama, se puso los pantalones, salió de la habitación y corrió hasta la puerta de al lado, que se abrió sin problemas, dejando ver una escena impresionan-

te. En medio del suelo yacía un hombre, con pantalón y camisa. Bajo la cabeza había un charco de sangre y una mano empuñando la pistola con la que acababa de descerrajarse un tiro en la cabeza. De pie, junto a él, se hallaba una niña en camisón, el pelo cayéndole sobre los hombros, que gritaba y se retorció las manos con nerviosismo. Pese a que el cuerpo en el suelo tenía el rostro embadurnado de sangre, Roger reconoció a la persona que se había dirigido a él en el salón del hotel. Había pues seguido el espíritu, si no la letra, de su amenaza.

—¡Oh, padre, padre, padre...! —sollozaba la niña.

Roger, sobrecogido de horror y pena, se inclinó hacia ella y le abrió los brazos. Ella, consciente únicamente de la presencia de una ayuda humana, se lanzó hacia él y sumergió en ellos su rostro.

El resto de la casa reaccionó de inmediato, y la habitación rápidamente se llenó de multitud de huéspedes y empleados, a los que se añadieron un par de policías y, por último, el dueño en persona. El suicidio era tan evidente que la presencia de Roger resultó fácil de explicar. De la niña no se podían obtener más que sollozos. Después de una retahíla de comentarios y empujones y miradas curiosas, después de que un médico afirmara que el extraño estaba muerto, y después de que las señoras se hubieran pasado a la niña de mano en mano en un círculo agobiante de caricias y preguntas, la multitud se dispersó y la mujer del propietario consiguió hacerse con la niña, triunfante; quedó aplazada para el día siguiente cualquier otra investigación.

Para Roger, aparentemente, fue una noche fértil en sensaciones. Para cuando la noche ya se fue retirando, él se sintió parte activa en la tragedia de su vecino. El negarse a ayudar al pobre hombre había provocado la catástrofe. Durante un buen rato no dejó de darle vueltas a la idea; pero al final, con un poco de esfuerzo, consiguió que desapareciera. Intentó convencerse a sí mismo de que cualquier otro hombre habría hecho poco más que él, posiblemente inclu-

so menos que él. Sin embargo, no podía evitar compartir el dolor de la niña.

A la mañana siguiente, no tardó en llamar a la esposa del propietario. Era una mujer bastante bondadosa, pero se tomaba tan en serio su papel de dueña del establecimiento, que parecía dedicada a repartir compasión desde la barra. Mostraba hacia su «protegida» una caridad severa que presagiaba en la mente de Roger el probable destino que le esperaba a la pobre criatura; volvió a contarle la historia de la niña, que había conseguido aprenderse de memoria. El padre había vuelto a primera hora de la tarde; parecía nervioso y en apuros, y la había mandado a la cama. Le dio un beso y se echó a llorar y, por supuesto, la hizo llorar a ella también. Bien entrada la noche, la niña notó que el padre seguía a la cabecera de la cama, junto a ella, delirando, besándola y acariciándola. Le dio las buenas noches y se fue a la habitación contigua, donde la niña lo oyó trastear con fuerza. Estaba muy asustada, e imaginó que había perdido la cabeza. Ella sabía que las cosas les iban cada vez peor, pero ahora lo peor había llegado. De pronto, él la llamó. Ella le preguntó qué era lo que quería, y él le pidió que se levantara de la cama y fuera a verlo. Ella temblaba, pero obedeció. Cuando llegó al umbral de la puerta vio el gas encendido, y a su padre de pie en camisa, justo al otro lado. Le ordenó a la niña que se quedara donde estaba. De repente oyó un disparo, y sintió una bala pasándole muy cerca de la cara. Le había disparado con una pistola. La chiquilla corrió a la cama aterrorizada y escondió la cabeza entre las sábanas. Con todo, esto no le impidió oír un segundo disparo, seguido de un profundo gemido. Ella se aventuró a volver al lugar y vio a su padre tendido en el suelo, sangrando en la cara.

—No hay duda de que intentó matarla —afirmó la casera—, no quería dejarla sola en este mundo. ¡Una extraña mezcla de crueldad y bondad...!